

Roberto Vivó Hijo quedó muy descontento con el embalsamamiento de su padre. Una grúa le cayó encima y, evidentemente, no estaba presentable para un velatorio público. Podrían haber dejado el ataúd cerrado y ya está, pero, por desgracia, antes de que la *otra* parte de la grúa le aplastara la cara, Roberto Vivó Padre gritó a los cuatro vientos: «¡Que me vean!».

Así que contrataron los servicios de un tanatopractor aficionado. El resultado —insatisfactorio, por decir algo— obligó a Roberto Hijo y a su madre a cerrar igualmente el ataúd.

Más tarde, cuando trasladaron el cuerpo al cementerio, uno de los portadores intentó rascarse el culo y acabó volcando el *contenido*. «¿Quién es esta mujer?», preguntó la madre del difunto, «¿Dónde está el cuerpo de mi hijo?». Su nuera se acercó y le susurró al oído: «*Este* es tu hijo».

Ese día, Roberto Vivó Hijo se juró a sí mismo que jamás volvería a pasar por semejante humillación.

Con tal propósito, y con la herencia de su querido padre engrosando su cuenta corriente, decidió fundar la Funeraria Roberto Vivó Hijo. Y consiguió tal calidad en sus exequias, que una mujer llegó a confesarle: «Es un artista, Sr. Vivó, estoy contando los días para morirme y que usted me entierre».

La demanda empezó a subir como la espuma y no tuvo más remedio que abrir otra sucursal. A finales de 1970, empleaba a más de 2.000 trabajadores, facturaba ganancias de diez cifras al mes e, incluso, se rumoreaba que el Generalísimo había pedido presupuesto para *morirse* en su empresa.

No es de extrañar que, por aquellas fechas, Roberto recibiera una misiva de la exclusiva Asociación de Empresarios Aficionados a la Gastronomía, la organización —para muchos una secta— más famosa y, a la vez, más esotérica de toda España. Esta invitación era el mayor honor que podía recibir cualquier mortal sobre la faz de la tierra: «Distinguido camarada, su ceremonia de ingreso tendrá lugar, Dios —¡y España!— mediante, en el restaurante *Mensch*». ¡El restaurante *Mensch*! ¡Por Dios! Allí, entre cocido y cocido, se decidía el futuro de la patria. Es más, se dice que fueron unas croquetas del *Mensch* el motivo por el que Eisenhower decidió levantar el veto internacional a España.

—¡Un aplauso a nuestro nuevo miembro!

Un centenar de empresarios obesos pegados a sus habanos —¡gran ironía!— se pusieron en pie y aplaudieron la entrada triunfal de Roberto Vivó Hijo. Él, halagado, tomó asiento entre un prelado del Opus Dei y el magnate del pimentón de la Vera.

—Pruebe las empanadillas de carne, son la especialidad de la casa.

Roberto se hizo vegetariano cuando su perrito murió y su madre decidió hacer un caldo con él... sin decirle nada. Sin embargo, no podía contrariar a estos plutócratas. Estaba obligado a comerse aquella empanadilla si quería cumplir su sueño: conseguir un decreto-ley por el que Funerarias Roberto Vivó Hijo se convirtiera en LA FUNERARIA NACIONAL. «La palmas en España, pues a Roberto Vivó; la palmas fuera de España —pero eres español—, a Roberto Vivó. ¿Y qué pasa si no

quieres ir a Roberto Vivó, no tienes dinero suficiente o tu moral te lo impide? Pues a una fosa común». Bonito, ¿verdad?

Inspeccionó el plato en busca de la empanadilla más pequeña y, acto seguido, la cogió y se la metió de golpe. «Piensa que son espinacas», se repetía, mientras torcía el gesto para sonreír y mostrar a los demás lo mucho que le gustaba.

El problema vino después, cuando descubrió que, en realidad, sí que le gustaba. Es más, le encantaba. ¡Era la mejor empanadilla que había probado en toda su vida!

Empezó a masticar a mayor velocidad, aun a riesgo de arrancarse su propia lengua a mordiscos; no iba a consentir que los demás comensales le dejaran sin empanadillas. *Sus empanadillas.*

Tragaba una y cogía otra. Los dedos chorreaban aceite —otra empanadilla—, la servilleta quedó inservible y empezó a limpiarse en el mantel —otra más—, lamía las migas que caían sobre la mesa —y otra más—, relamía el fondo del plato. «¡Más!», gritó, «¡otra más!», «¡un plato por aquí!», «más, más, más...». Sus compañeros de mesa eran testigos de *ese* espectáculo y, sin embargo, no se sentían asqueados. Todo lo contrario: se complacían al ver cómo su nuevo camarada disfrutaba de un majar que, por sus privilegios, solo les estaba destinado a *ellos*.

Una hora después, Roberto empezó a sentir cómo la garganta se le cerraba, los dientes, recubiertos por una masa grisácea y triturada, se movían con menos agilidad; estaba mareado, tenía agujetas por toda la mandíbula... Y reventó un botón de su camisa.

—Al fondo a la izquierda —le dijo el de al lado, anticipándose a sus deseos.

Después de vomitar, se dispuso a regresar a la mesa para continuar atiborrándose a empanadillas. «Tardaremos un poco en preparar el siguiente plato», había anunciado el camarero. Pero Roberto no podía esperar, estaba poseído por el poder de la fritanga.

Abajo, en el sótano, un ejército de cocineros cortaba, guisaba, adobaba, pelaba... «¡Un, dos!, ¡un, dos!», los apremiaba el chef a ritmo de cacerola, como en las galeras. Roberto, aprovechando la poca iluminación del pasillo, consiguió colarse en el almacén y encontrar un cajón de «carne (para empanadilla)». Desenfundó el tenedor y empezó a pinchar a diestro y siniestro, pero se dio cuenta de que iría mucho más rápido si lo cogía a puñados. Era carne cruda, prácticamente congelada, y el aire de la bodega le daba un regusto malsano, pero a él le seguía sabiendo a gloria bendita.

De pronto, un golpe seco detuvo el atracón. Se limpió la boca con la manga de la chaqueta y trató de recuperar la compostura propia de su posición. Echó un vistazo a su alrededor y no vio a nadie... aparentemente. Lo que sí vio fue una puertecita a lo lejos, cerrada desde fuera con una barra de metal. Tenía pegada una hoja: «*aki no sentra*». ¿Habría dentro más empanadillas? En ese momento, Roberto era incapaz de pensar en otra cosa.

—¿Hola? —susurró hacia el interior, metiendo lentamente las narices por el resquicio de la puerta.

Olía a mierda, a putrefacción... a *humanidad*.

—¡No, por favor! —gritó una voz femenina.

Después de conocer la *verdad*, lo decente hubiera sido vomitar en el acto, pero no lo hizo. Ni siquiera una triste arcada. Nada. Su cuerpo era incapaz de rechazar el regusto de esas empanadillas, aun sabiendo de *dónde* provenían.

—Te voy a sacar de aquí —le aseguró a la pobre mujer, cogiéndola de las manos y saboreando disimuladamente el hedor de su *piel*.

—Estabas con *ellos* —repuso ella, retirando los brazos—. ¿Cómo puedo fiarme de ti?

«Para la gente de *arriba* —le advirtió un catalán antes de que se lo llevaran a la trituradora— solo somos *carne*. Y si dicen lo contrario... mienten».

—Yo no soy como *ellos* —subió el tono—. No soy ninguna bestia. ¡Y me voy a jugar el *cuello* por ti!

—¿Has probado las empanadillas? —le espetó la muchacha, con un temblor en la voz que anticipaba la posible respuesta de su *salvador*.

—Estuve a punto —mintió—, pero no lo hice. Yo no como carne.

El plan era sencillo: Roberto saldría del almacén y, disimuladamente, robaría las llaves del cajetín de la cocina, abriría la puerta que conducía al callejón y trataría de entretener a los comensales todo lo que le fuera posible. De esa forma, ella tendría vía libre para poder escapar. ¡Pan *comido!*

—¡Hombre, Roberto! —exclamó un ministro al verlo entrar en el comedor—. Empezábamos a pensar que te había dado algo. Acaban de traer esto para ti.

Con un gesto, le señaló una fuente de empanadillas. Entera. Y *solo* para él. Roberto se quedó paralizado. La superficie tostada parecía estar crujiente, tal como a él le gustaba; pero el relleno, en cambio, era tan blando y esponjoso que se salía por los bordes. Seguro que se deshacía en la boca.

Empezó a salivar...

Aún estaban *calientes* —recién hechas— y el olor conspiraba contra él, moviéndose en contra del viento para meterse a través de sus fosas nasales y violarle la mente.

«Come, come, come, come».

Cuando quiso darse cuenta, estaba empalmado.

Media hora después, tal como habían acordado, la mujer salió del almacén y se deslizó hacia la puerta que le iba a conducir a la libertad.

—¿¡Dónde has dejado la puta bandeja!? —escuchó tras de sí.

—¡Yo que sé! —gruñó otra voz desde la cocina—. Mira en la puerta del callejón.

La mujer se volvió y, en efecto, *allí* estaba la bandeja. Unos pasos empezaron a acercarse por el pasillo. Cada taconazo sonaba como la hoja de una guillotina. No había vuelta atrás.

—¡Está aquí!

El camarero empezó a correr y, de un manotazo... recogió la bandeja y se alejó sin molestarse en mirar tras aquella maceta que, más o menos, tenía las mismas dimensiones que un cuerpo humano.

La muchacha dio un largo —y silencioso— suspiro e, inmediatamente, se precipitó hacia la puerta. Ya casi podía ver las expresiones de sus padres, de su novio, de su perrito. Recuperaría su vida de anuncio, su existencia anodina y lejos —sobre todo, muy lejos— de cualquier cocina. Eso si conseguía salir, claro. ¿Por qué no se abría la condenada puerta? Cogió el pasador con las dos manos y empezó a tirar de él hacia delante y hacia atrás, pero no consiguió mover la hoja ni un solo milímetro.

«No, por favor, no, no, no».

Entonces, se dio cuenta de había algo sobre el cristal de la puerta. Alguien, aprovechando el vaho, había escrito con los dedos unas palabras a tamaño gigante: «Lo siento».

«¿Lo siento? ¿Cómo que lo siento? ¿El qué?»

—¡Tú, zorra!

Se dio la vuelta y descubrió al chef. Sostenía entre sus manos grasientas un cuchillo jamonero.

Roberto fue el último en abandonar el *Mensch*. Un empleado se acercó a su mesa solitaria para informarle de que iban a cerrar en diez minutos.

—Señor —se interesó el camarero, al verlo de cerca—, ¿le pasa algo a la empanadilla?

El magnate de las funerarias estaba masticando la última empanadilla mientras lloriqueaba a moco tendido. Era una imagen patética. Sus lágrimas se mezclaban con el aceite de oliva virgen extra y los restos de carne picada. Tenía el rostro enrojecido y fue incapaz de mirar a los ojos del camarero cuando respondió:

—No pasa nada, es que está muy *buena*.

**Primer Premio de Relato Breve 2020
18^{os} Premios Provinciales de la Juventud**